

Astronautas



PRÓLOGO DEL AUTOR

Escribí este libro hace veintidós años y cuando me propusieron reeditararlo pensé en retocarlo ligeramente, en realizar una especie de actualización, pero entonces le eché un vistazo y me di cuenta de que resultaba imposible hacerlo. Lo escribí en una época en la que el término «astronautas» apenas si existía, de manera que mucha gente, incluso gente con estudios, lo confundía con el de «argonautas», mucho más familiar. Además, el planeta Venus, en el que situé la acción, ya no es una mancha blanca y misteriosa en el firmamento, porque sabemos bastantes cosas sobre él, especialmente gracias a las sondas soviéticas que lo exploraron. Así que tenemos suficientes datos como para darnos cuenta de que las condiciones y paisajes de Venus descritos en la novela resultan absolutamente ficticios. Al margen de información a la que no tenía acceso nadie, había otras cuestiones de las que no me preocupé como autor, porque está claro que sobre la construcción de cohetes, e incluso sobre la parte técnica de la cosmonáutica, podría haberme documentado mejor de lo que lo hice ya hace veinticinco años. Y, por otra parte, el año 2000, que desde la perspectiva de los años cincuenta me parecía un futuro tan lejano que permitía situar en él visiones optimistas de un mundo unido pacíficamente, en la actualidad se encuentra en el punto de mira de un sinfín de sabios futurólogos y obliga a ser

comedidos en eso del optimismo y a refrenar las ingenuas esperanzas de aquellos otros tiempos. Si me hubiera puesto seriamente a actualizar *Astronautas* tendría que haber escrito una novela totalmente distinta, ya que ni en la Tierra ni en el cohete ni en el cielo me habría podido permitir conservar multitud de detalles, esos pequeños ladrillos con los que construí toda la obra. Y ¿qué habría pasado en ese caso con *Astronautas*? ¿Merece realmente la pena volver a escribir libros ya escritos con anterioridad? Creo que no. Hay que escribir, mientras sea posible, nuevos libros, y dejar que los ya escritos sigan su camino natural: que se defiendan por sí mismos, en la medida de sus posibilidades. Hoy, esa historia de ficción no solo está llena de errores técnicos y de predicciones que el tiempo se ha encargado de desbaratar, sino que además resulta extremadamente ingenua, prácticamente un cuento para niños. El lector también, especialmente el más joven, se dará cuenta rápidamente de que sus conocimientos de la cosmonáutica como fenómeno real, sacados aunque sea de la prensa diaria, superan los conocimientos del autor hace veintidós años. Pero si ya no es posible considerar que el libro es un atrevido pronóstico futurista, que al menos sea considerado un documento de cierto valor histórico. O, por así decirlo, de un esbozo de documento que el tiempo ha puesto en su lugar, y que muestra sus carencias y sus defectos tanto científicos o técnicos como literarios. En cuanto a las ingenuidades narrativas, nunca se pueden justificar de ninguna manera y siempre son fruto de la falta de horas de trabajo. Por otro lado, aquellos párrafos, ciertamente numerosos, cuyos fallos objetivos el tiempo ha puesto en evidencia y ha delatado quizá no carezcan de valor en la misma medida, ya que permiten, a fin de cuentas, hacer una interesante comparación entre la fuerza de la imaginación —proyectada hacia el futuro—, y su rival y enemigo natural: la realidad. Esa comparación demuestra que en el ámbito del progreso técnico todo sucede de forma más rápida y más revolucionaria de lo que podemos imaginar, y en lo que se refiere a las cuestiones sociales de carácter global los cambios son lentos y dolorosos. No es mi intención en absoluto hacer de estos comentarios un examen de conciencia sistemático de *Astronautas*, una especie de balance de sus «pros» y sus «contras». El libro intenta en algunos lugares instruir con sus ficticias

clases magistrales sobre cosas que ahora ya existen en la realidad (no solo en el caso de la cosmonáutica, sino también, por ejemplo, en el de los parámetros técnicos de mi Márax, superados por las máquinas matemáticas de última generación de los años setenta). El libro trata también una cuestión que fue el principal estímulo para escribirlo: la cuestión de la amenaza nuclear, porque la historia de la aniquilación de la vida en el planeta Venus es solo una alegoría de los asuntos terrestres. Esa amenaza, un cuarto de siglo después, sigue existiendo y pende sobre nosotros. Quizá ese hecho permita que la novela no pierda actualidad. O quizá aquellos que aún quieren leer *Astronautas* encuentren simplemente en sus páginas una historia llena de aventuras por inverosímil que esta resulte. Me resulta imposible decir nada sensato al respecto. Confieso que me sorprendería que *Astronautas* pasara a ser una de las obras de referencia de mi bibliografía. Creo que si alguien echa mano de este libro dentro de otros veinte años no será para adelantarse en una atrevida visión del futuro, sino más bien para esbozar durante la lectura alguna sonrisa de la misma manera que lo hacemos nosotros cuando leemos las obras de Julio Verne. Serán unos tiempos en los que el Cosmocrátor y Márax se habrán convertido en verdaderas antigüedades. Otra cosa es que lleguen a formar parte de esa singular categoría. Una gran cuestión.

STANISŁAW LEM
Cracovia, 1972

PRIMERA PARTE
EL COSMOCRÁTOR

EL BÓLIDO SIBERIANO

El 30 de junio de 1908, miles de habitantes de la Siberia central pudieron observar un extraordinario fenómeno de la naturaleza. Aquel día, a primera hora de la mañana, apareció una cegadora bola blanca que atravesó el cielo de sureste a noroeste a una velocidad impresionante. Fue vista en toda la gubernatura general de Yeniséi, que se extiende a lo largo de una superficie superior a los quinientos kilómetros. La tierra tembló a su paso, los cristales se pusieron a tintinear, el enfoscado cayó de los muros, mientras que en las localidades más alejadas, en las que no se llegó a ver el bólido, se oyó un potente estruendo que causó el pánico general. Mucha gente imaginó que se avecinaba el fin del mundo; los obreros de las minas de oro abandonaron el trabajo e incluso a los animales domésticos se les contagió el miedo. Pocos instantes después de que desapareciera la masa ígnea, se levantó más allá del horizonte una columna de fuego y se produjo una cuádruple detonación que se escuchó en un radio de setecientos cincuenta kilómetros.

La sacudida de la corteza terrestre fue registrada por los sismógrafos de todas las estaciones de Europa y América, y la onda expansiva fruto de la explosión, que se desplazaba a la velocidad del sonido, llegó a Irkutsk, a novecientos setenta kilómetros de distancia, en una hora; a Potsdam, a cinco mil kilómetros de distancia, cuatro horas y cuarenta y un minutos después; a Washington, ocho horas más tarde,

y finalmente, fue percibida de nuevo en Potsdam pasadas treinta horas y veintiocho minutos, tras haber dado la vuelta alrededor del mundo y haber regresado después de haber recorrido treinta y cuatro mil novecientos veinte kilómetros.

Durante las siguientes noches, en las latitudes medias de Europa, aparecieron unas nubes luminiscentes con un extraordinario brillo plateado de tal intensidad que impidió al astrónomo alemán Wolf, en Heidelberg, fotografiar los planetas. Las gigantescas masas de partículas diseminadas a causa de la explosión en las más altas capas de la atmósfera llegaron unos días después al hemisferio sur. Justo por aquellas fechas, el astrónomo americano Abbot estaba analizando la transparencia de la atmósfera y había observado que esta había empeorado considerablemente desde finales de junio. La causa de aquel fenómeno en aquellos momentos le resultaba desconocida.

A pesar de sus dimensiones, aquella catástrofe en la Siberia central no llamó la atención del mundo científico. Durante cierto tiempo, en las tierras de la gubernatura general de Yeniséi, corrieron fantásticos rumores sobre el bólido: se le atribuía desde el tamaño de una casa hasta el tamaño de una montaña, se afirmaba que existían testigos que lo habían visto después de la caída, pero el lugar del avistamiento solía ser situado en esas historias lejos de los límites de la comarca en la que cada uno de los hablantes se encontraba. Fue mucho también lo que se escribió en la prensa, pero nadie emprendió búsquedas más serias y poco a poco toda aquella historia empezó a caer en el olvido.

Las menciones posteriores datan del año 1921, cuando el geofísico soviético Kulik leyó por casualidad en una hoja arrancada de un calendario de pared la descripción de una gigantesca estrella fugaz. Recorriendo poco después una gran extensión de terreno de la Siberia central, Kulik se convenció de que entre los habitantes de aquel lugar seguía estando vivo el recuerdo del extraordinario fenómeno de 1908. Tras preguntar a varios testigos presenciales, Kulik llegó a la conclusión de que el meteoro, que irrumpió en Siberia desde la parte de Mongolia, había sobrevolado las grandes llanuras y había caído en algún lugar del norte, en la infranqueable taiga, lejos de cualquier camino y de cualquier asentamiento humano.

Desde aquel momento, Kulik se convirtió en un entusiasta investigador del meteorito conocido en la literatura especializada como «el bólido de Tunguska». Esbozó también unos primeros planos del terreno en el que, según imaginaba, había caído el meteorito y se lo dio al geólogo Obruchev cuando este, en 1924, partió para emprender una expedición en solitario. Obruchev, que se encontraba realizando sus investigaciones por encargo del Comité Geológico en la región del río Podkamennaya Tunguska, llegó a la factoría de Wanawara, en cuyas proximidades, según los cálculos de Kulik, debería haber caído el meteorito. Intentó recopilar información entre los lugareños, lo que no resultó fácil porque los tunguses ocultaban tanto el lugar de la caída, ya que lo consideraban sagrado, como la propia catástrofe, que interpretaban como el descenso de los cielos a la tierra por parte del dios del fuego. A pesar de ello, Obruchev consiguió averiguar que, a unos días de viaje de la factoría, la milenaria taiga se encontraba arrasada en una superficie de varios cientos de kilómetros y que el meteorito no había caído en la zona de Wanawara, como pensaba Kulik, sino al menos cien kilómetros más al norte.

Cuando Obruchev publicó los datos recabados, el asunto se hizo notorio, y en 1927, la Academia de Ciencias de la Unión Soviética organizó una primera expedición a la taiga siberiana, dirigida por Kulik, con el objetivo de encontrar el lugar exacto de la caída.

Tras haber abandonado las zonas habitadas, y después de varias semanas de fatigosa marcha a través de la taiga, la expedición entró en un área de árboles derribados. El bosque estaba arrasado en un radio de al menos cien kilómetros, a ambos lados de la trayectoria del meteorito. Kulik escribió en su diario: «Sigo sin poder abarcar la magnitud del fenómeno. Es lo que podríamos denominar un paraje marcadamente montañoso que se extiende decenas de verstas más allá del horizonte... Al norte, a orillas del río Chushmo, se pueden ver las montañas, cubiertas de una blanca capa de nieve. Desde nuestro puesto de observación no se distingue el menor rastro del bosque. La taiga está asolada, decenas de miles de troncos chamuscados han sido arrancados de raíz y arrojados contra la tierra helada; alrededor, en una franja de varios kilómetros, crece un bosque joven que se abre camino hacia el sol y

la vida... Es asombroso ver a los gigantes del bosque con sus más de treinta metros de altura, caídos uno junto a otro, con sus copas orientadas hacia el sur... Algo más lejos, donde acaba el paisaje, la maleza se abre paso aquí y allá hasta fundirse con la taiga superviviente, y solo en las cimas de las lejanas colinas se ven, en forma de blancas calvas, los lugares desprovistos de árboles».

Una vez en la zona del cataclismo, la expedición anduvo varios días entre los troncos caídos y semicarbonizados que cubrían el suelo de turba. Las copas de los árboles derribados seguían indicando todo el tiempo hacia el sudeste, la dirección desde la cual había llegado el meteoro. Finalmente, el 30 de mayo, un mes después de haber abandonado la factoría de Wanawara, la expedición llegó a la desembocadura del río Churguma y estableció allí su decimotercer campamento. Al norte de este, se hallaba una extensa hondonada rodeada por varias colinas a manera de anfiteatro. Fue allí donde la expedición descubrió la estructura radial del bosque derribado.

«Empecé a dar vueltas en dirección oeste —escribió Kulik— por el circo de montañas situado alrededor de aquella gran hondonada. Anduve decenas de verstas por las desnudas crestas de las colinas en las que los árboles derribados yacían con las copas dirigidas hacia el oeste. Rodeé toda la hondonada en dirección sur describiendo para ello un enorme círculo, y los árboles, como por arte de magia, iban orientando también sus copas hacia el sur. Regresé al campamento y, de nuevo, me puse en camino por las crestas de las colinas, esta vez hacia el este; los árboles allí estaban tumbados hacia el este. Hice acopio de fuerzas, y una vez más me dirigí hacia el sur; los troncos yacían con sus copas orientadas hacia el sur. No había duda, había dado una vuelta completa al lugar de la caída. La bola de fuego del meteoro, compuesta de gases y materia incandescentes, sacudió el valle, sus colinas, su tundra y sus cenagales. Igual que un chorro de agua que al chocar contra una superficie plana estalla y sus salpicaduras salen disparadas en todas direcciones, aquel chorro de gases ardientes, al golpear la tierra, había tumbado el bosque en un radio de decenas de millas dejando tras de sí una terrible imagen de destrucción.»

Ese día los miembros de la expedición estaban convencidos de haber superado las mayores dificultades y de que pronto encontrarían el

lugar donde la masa gigante había chocado contra la corteza terrestre. Al día siguiente se adentraron en la hondonada. La marcha entre los árboles caídos fue ardua y peligrosa. Especialmente en la primera mitad del día, cuando arreció el viento, y los miembros de la expedición, al avanzar entre los troncos muertos y desprovistos de ramas, corrieron el peligro de quedar aplastados por los árboles que caían estrepitosamente sin previo aviso y con frecuencia muy cerca de los exploradores. Había que caminar mirando continuamente hacia lo alto para apartarse a tiempo, y ello sin dejar de observar atentamente el suelo porque la tundra estaba plagada de víboras.

En el interior de la hondonada, rodeada por aquel anfiteatro de calvos montes, los miembros de la expedición descubrieron nuevas colinas, tundras, cenagales, pantanos y lagos. La taiga yacía en hileras paralelas de troncos desnudos cuya parte superior estaba orientada en diferentes direcciones y cuyas raíces apuntaban hacia el centro de la hondonada. En los árboles derribados se distinguían claramente las huellas del fuego que había carbonizado las ramas pequeñas y chamuscado la corteza y las ramas más grandes. En las proximidades del centro de la hondonada, entre los árboles astillados, encontraron un considerable número de cráteres de diferentes tamaños; algunos podían llegar a tener decenas de metros de diámetro. Eso fue todo lo que pudo establecer la primera expedición, que se vio obligada a retirarse repentinamente debido a la falta de provisiones y al agotamiento de los participantes. Kulik y sus compañeros estaban convencidos de que en las profundidades de aquellos cráteres con el fondo enfangado, en muchos casos llenos de agua turbia, que habían descubierto en la hondonada se encontraban los restos del meteorito.

La segunda expedición llevó a cabo el ingente trabajo de transportar a través de la taiga máquinas que, una vez desembarrados y desecados los cráteres, posibilitaran las primeras perforaciones de sondeo. Las obras se realizaron durante un corto y abrasador verano. En el bochornoso aire flotaban enjambres de virulentos mosquitos que sobrevolaban aquel lodazal. Las prospecciones dieron un resultado negativo. No solo no encontraron resto alguno del meteorito, sino tampoco restos del choque con la corteza terrestre como los que se

solían encontrar en esos casos, como por ejemplo harina de roca, es decir, masa rocosa y pequeños fragmentos de piedra fundidos a una alta temperatura. Tropezaron, eso sí, con corrientes de aguas subterráneas que amenazaban con anegar las máquinas, y tras canalizar esas aguas y lograr atravesarlas, cosa que requirió un esfuerzo gigantesco, los taladros se introdujeron en un limo permanentemente helado. Y, lo que es peor, unos especialistas en la formación de turba se presentaron allí y tanto estos como los edafólogos y los geólogos declararon unánimemente que los cráteres en cuestión no tenían nada que ver con el meteorito y que en las lejanas tierras del norte se podían encontrar por todas partes creaciones parecidas que debían su origen a los procesos normales de aparición de yacimientos de turba derrumbados por las aguas subterráneas. Por lo tanto, emprendieron la búsqueda sistemática del meteorito con ayuda de deflectómetros magnéticos. Parecía evidente que una masa tan grande de hierro tenía que crear una anomalía magnética que atrajera la aguja de las brújulas, pero los aparatos no mostraban nada. El hecho era que, desde el sur, una avenida de varios kilómetros de anchura de árboles derribados conducía hacia la hondonada a lo largo del río y los arroyos, y esta estaba rodeada de un abanico de troncos caídos. Se calculó que aquellos destrozos habían sido producidos por una energía del orden de mil trillones de ergs, así que la masa del meteorito tenía que haber sido gigantesca, y, sin embargo, no encontraron ni el más pequeño de los fragmentos, ni una pequeña esquirla, ni un cráter, nada que mostrara las huellas de la monstruosa caída.

Una tras otra, se fueron sucediendo expediciones a la taiga provistas de aparatos cada vez más sensibles. Se estableció una red de puntos de triangulación, se inspeccionaron las laderas de las colinas, el fondo de los fangosos lagos y de los arroyos, incluso se realizaron perforaciones en el fondo de los pantanos; todo en vano. Corrieron voces de que el meteorito pertenecía al tipo de los pétreos, conjetura bastante improbable, ya que la meteorología no ha tenido noticia de bólidos pétreos de un tamaño tan grande, y en ese caso los alrededores habrían estado llenos de fragmentos del mismo. Pero cuando se publicaron los resultados de la investigación sobre el bosque arrasado, surgió un nuevo enigma.

Se había observado que la taiga había sido arrasada de manera desigual y que los troncos caídos no siempre señalaban hacia el centro de la hondonada. Y lo que era más, en numerosos lugares, apenas a unos kilómetros de distancia de la hondonada, se encontraba un bosque intacto, no carbonizado, mientras que, varios kilómetros más lejos, uno tropezaba de nuevo con miles de alerces y pinos derribados. Intentaron explicarlo por el así llamado efecto sombra: las cimas de las colinas habrían salvado algunas partes de la taiga de ser arrasadas. Para justificar el porqué en algunos sitios los árboles caídos apuntaban en otra dirección, concluyeron que en aquellos casos las caídas de los árboles del bosque no habían tenido nada que ver con la catástrofe, sino que habían sido provocadas por una simple tormenta.

Los mapas aéreos fotográficos del terreno echaron por tierra todas aquellas hipótesis. En las fotografías estereoscópicas se veía perfectamente que algunas de las áreas del bosque, efectivamente, estaban tumbadas de manera concéntrica, alrededor de la hondonada, y otras permanecían intactas. El bosque había sido arrasado como si la onda expansiva no hubiera tenido la misma intensidad en todas las direcciones, como si del centro de la hondonada hubieran salido «chorros» más anchos y más estrechos que hubieran tumbado los árboles en largas avenidas.

El asunto siguió siendo un enigma durante muchos años. De vez en cuando, en la prensa especializada, se entablaban debates científicos sobre el meteorito de Tunguska. Se hacían todo tipo de conjeturas, desde que se había tratado de la cabeza de un pequeño cometa hasta que solo había sido una nube de polvo cósmico de gran densidad, pero ninguna de las hipótesis podía explicar satisfactoriamente todos los hechos. En 1950, cuando la historia del meteorito había empezado ya a olvidarse, un joven investigador soviético publicó una nueva hipótesis que proporcionaba una explicación sorprendentemente audaz.

Dos días antes de que apareciera sobre Siberia el meteorito de Tunguska, escribía el joven investigador, un astrónomo francés vio un pequeño cuerpo celeste que cruzó a gran velocidad el campo de visión de su telescopio. Poco después, aquel astrónomo publicó su descubrimiento. Ni él, ni ninguna otra persona, relacionó aquella observación

con la catástrofe siberiana, ya que si aquel pequeño cuerpo hubiera sido un meteoro, habría caído en un lugar completamente diferente. Para ser el bólido de Tunguska el meteorito tendría que haber cambiado libremente el curso y la velocidad de su vuelo como una nave dirigida, cosa tan improbable que nadie se había detenido a pensar en ello ni siquiera por un instante.

Eso era precisamente lo que mantenía aquel joven investigador. Que la estrella fugaz conocida con el nombre de meteorito de Tunguska era una nave interplanetaria que había llegado a la Tierra tras un recorrido hiperbólico desde las proximidades de la constelación de la Ballena, y que al prepararse para aterrizar había empezado a dibujar una serie de elipses alrededor de nuestro planeta que se iban estrechando cada vez más. Fue entonces cuando el astrónomo francés la divisó con su telescopio.

La nave era, desde el punto de vista terrestre, muy grande; su masa estimada podía alcanzar varios miles de toneladas, aunque sin llegar a sobrepasar las veinte mil. Los seres que volaban en ella, observando la Tierra desde una altura considerable, habían escogido para aterrizar una zona claramente visible desde la lejanía: Mongolia, una superficie llana, despejada y sin bosques que parecía expresamente creada para recibir naves interestelares en sus arenas.

El cohete llegó a las proximidades de la Tierra tras un largo viaje durante el cual alcanzó una velocidad de decenas de kilómetros por segundo. No se sabe si ya en el momento de la aproximación la nave tenía dañados los motores de frenado o si sus ocupantes no evaluaron adecuadamente la extensión de nuestra atmósfera, pero lo cierto es que la resistencia que ofrecía el aire provocó que la brusca fricción convirtiera el bólido en una masa blanca incandescente.

Fue precisamente esa velocidad excesiva la que provocó que no consiguiera aterrizar en Mongolia y que pasara de largo a una altura de varias decenas de kilómetros. Probablemente, los viajeros tendrían que haber dado algunas vueltas más al planeta antes de tomar tierra, pero, ya fuera por una avería de los motores o por cualquier otro motivo, el caso es que se vieron obligados a adelantar el aterrizaje. Al intentar reducir la velocidad, pusieron en marcha los motores de frenado, que

funcionaban de manera anómala, con alteraciones. Los habitantes de Siberia oyeron el ruido de los estampidos que producía el funcionamiento irregular de aquellos motores y que se asemejaba al sonido de los truenos. Cuando la nave se encontró sobre la taiga, el chorro de gas abrasador arrojado por los motores de frenado derribó los árboles hacia los lados. Así fue como se formó aquella avenida de más de cien kilómetros de troncos caídos a través de la cual se abrirían paso más tarde las expediciones siberianas.

A la altura de la región del río Podkamennaya Tunguska, la nave había empezado a perder velocidad. Aquellos terrenos accidentados, cubiertos de bosques y pantanos, no eran adecuados para tomar tierra. Con la intención de sobrevolarlos, los viajeros dirigieron la proa de la nave hacia arriba y volvieron a poner en marcha los motores de propulsión. Pero era ya demasiado tarde. La nave, aquella gigantesca masa de metal al rojo blanco, perdió estabilidad, inició su caída e, impelida por el funcionamiento irregular de sus motores, empezó a tambalearse y a dar vueltas sobre su eje.

Los gases de propulsión de los motores acababan con el bosque a su paso, chamuscando las copas y las ramas de los árboles que según iban cayendo formaban una especie de extensas avenidas. La nave se elevó por última vez para sobrevolar el anillo montañoso exterior. Allí, muy por encima de la hondonada, tuvo lugar la catástrofe. Probablemente explotaron las reservas de combustible. La terrible detonación hizo añicos aquella mole metálica.

Aquella explicación aclaraba todos los hechos conocidos. Esclarecía de qué manera había sido arrasado el bosque, por qué en algunos lugares habían sido derribados los árboles y en otros también reducidos a cenizas, y finalmente por qué aquí y allá habían sobrevivido islotes de árboles intactos. Pero ¿cómo podía la nave haberse desintegrado hasta el punto de que resultara imposible encontrar ningún resto, por pequeño que fuera? ¿Qué combustible era capaz de producir una explosión que brillase con mayor claridad que el sol y de chamuscar la taiga en un área de decenas de kilómetros? El sabio también encontró respuesta a esas preguntas. Afirmó que existía una única forma para que la sólida construcción de una nave interplanetaria fuera pulverizada en partículas de

manera que no se encontrara ningún fragmento visible a simple vista, y que solo había un combustible que ardiera con la fuerza del sol.

La forma a la que se refería era la desintegración de la materia, y el combustible del que hablaba eran los núcleos atómicos.

Cuando los motores del vehículo se negaron a obedecer, las reservas de combustible atómico explotaron. En la columna de fuego de veinte kilómetros que produjo la detonación, el gigantesco cohete se esfumó y desapareció como una gota de agua arrojada sobre una placa incandescente.

La hipótesis del joven investigador no obtuvo la reacción que habría cabido esperar. Era demasiado atrevida. Algunos estudiosos consideraron que disponía de pocos hechos que la respaldaran. Otros, en cambio, que, en lugar del enigma del meteorito, proponía el enigma de una nave interplanetaria. Y otros, finalmente, pensaron que aquella hipótesis era más propia de un novelista que de un sensato especialista en meteoritos.

Si bien las voces escépticas fueron muchas, el joven investigador organizó una nueva expedición a las profundidades de la taiga con el objetivo de investigar la radiactividad en el lugar del accidente. Por desgracia, había que tomar en consideración que los efímeros productos de la desintegración de los átomos se habrían evaporado en el transcurso de los últimos cuarenta y dos años. Los limos de la superficie y las margas de la hondonada mostraron en los análisis una ligera presencia de elementos radiactivos. Tan leve que no se podía sacar de ello ninguna conclusión, ya que en cualquier suelo se pueden encontrar cantidades insignificantes de cuerpos radiactivos. Las diferencias de proporción entraban dentro de los límites del margen de error de las mediciones. Podían significar mucho o poco, en función de las creencias previas del experimentador. La cuestión quedó sin resolver. Poco después cesaron los últimos ecos de aquel debate en las revistas científicas. Durante un tiempo la prensa diaria siguió dándole vueltas al misterio de cuál podría haber sido el origen de la nave interplanetaria y de qué tipo de seres viajarían en ella, pero aquellas estériles especulaciones dejaron paso a las noticias sobre la construcción de las enormes centrales eléctricas del Volga y del Don, sobre las perforaciones en el

valle del Turgay haciendo uso de la energía atómica, sobre el desvío de las aguas del Obi y del Yeniséi a la cuenca del mar de Kara. En el lejano norte, la compacta vegetación de la tundra iba cubriendo año tras año los yacimientos de troncos caídos que se iban hundiendo cada vez más en los terrenos pantanosos. Las acumulaciones de turba, las derrumbadas y la creación de las márgenes de los ríos, las migraciones de los hielos, el deshielo de las nieves... Todos aquellos procesos erosivos se entremezclaban y borraban las últimas huellas de la catástrofe. Parecía que aquel misterio acabaría cayendo para siempre en el olvido.